

ATIENZA DE LOS JUGLARES

REVISTA DE ACTUALIDAD, HISTORICO-LITERARIA, DIGITAL
MAYO 2009

Dirección y coordinación: Tomás Gismera Velasco

email: atienzadelosjuglares@gmail.com



SUMARIO:

ATIENZA DE LOS JUGLARES.
EL NACIMIENTO DE UNA REVISTA.
ATIENZA, SEMANA SANTA 2009.
EN BREVE.
EL PERSONAJE; BRUNO PASCUAL RUILOPEZ.

ATIENZA EN EL AYER, CURSO DEL 1969.
LA FIESTA DEL MES: LA CABALLADA.
LA OPINIÓN DE...
GUADALAJARA, PRESENTE Y FUTURO.
ATIENZA FOTOGRÁFICA.

A MODO DE EDITORIAL

Estimado amigo:

Ponemos en tu correo, y en tus manos, una nueva revista digital: Atienza de los juglares.

Con ella queremos darte a conocer nuestro pueblo, nuestra historia, nuestras ilusiones futuras.

Atienza de los Juglares nace desde el cariño hacia nuestro pueblo de Atienza, hacia nuestra historia, nuestras tradiciones, nuestra gente y nuestra cultura.

Quienes elaboramos la revista buscamos, ante todo, llegar a todos vosotros, y contar con todos vosotros, para continuar este proyecto.

Por eso os pedimos vuestra colaboración, en forma de artículos, notas, fotografías, o cualquier cosa que creáis oportuna, y que pueda ayudar a que quienes nos sigan, conozcan un poco más nuestro pueblo, nuestras gentes, nuestra historia, y nuestras tradiciones pasadas.

Podéis colaborar enviando vuestras noticias, de actualidad o que pertenecen al recuerdo; tratamos también de conservar y refrescar la memoria de nuestros padres, de nuestros abuelos, de... de esas gentes que fueron antes que nosotros, y que nos legaron esas historias, costumbres y tradiciones.

Podéis enviar vuestras sugerencias y colaboraciones a la dirección de la revista: atienzadelosjuglares@gmail.com.

Cualquier colaboración será bienvenida.

La dirección.

EL NACIMIENTO DE UNA REVISTA

Hace por ahora 111 años, un grupo de amigos, reunidos en el Casino de la Amistad, de la Plaza de los Arboles, en la villa de Atienza, idearon un proyecto, el de sacar adelante una revista que hablase de las cosas de Atienza, de la villa de Atienza, su historia y sus gentes.

Aquella revista, histórico-literaria, tenía una cabecera señalada: "Atienza ilustrada", no tuvo demasiada vida. Los avatares políticos y económicos, así como la dispersión de sus fundadores y colaboradores, la hicieron desaparecer a los cuatro o cinco años de su lanzamiento. No obstante, a través de aquellos números que se editaron, tanto en la villa de Atienza, como en Jadraque, donde se continuó con la labor, dejaron abierto un camino que siempre es conveniente seguir.

Aquellas gentes, Eduardo Contreras, Julián del Amo, Isabel

Muñoz Caravaca, Luis de la Guardia, Jorge de la Guardia, José María Pascual, y quienes les siguieron con sus colaboraciones: Luis Cordabias, Angel Campos, Alfonso Martín, Juan Catalina, Bruno Pascual Ruilópez, Juan Diges Antón, Ignacio Calvo Sánchez, Antonio Pareja Serrada, Manuel Serrano y Sanz, y tantos más, son dignos de permanecer en la memoria, que no en el olvido, de quienes sentimos Atienza.

Hoy, con Atienza de los juglares, queremos traer su memoria, e invitar a la participación y realización de esta revista que, por el cambio de los tiempos, no se verá abocada a los problemas económicos de una costosa edición impresa, al menos por el momento. Desde un ordenador podemos manejar su edición y envío. La edición y distribución resulta gratuita y elimina costes innecesarios. No obstante, si queremos contar con la colaboración de nuestros lectores.

A través de sus notas, o de sus

artículos. De sus recuerdos o de sus iniciativas. Todo vale. Siempre que se mantenga el respeto que este proyecto merece.

Atienza de los Juglares quiere, ante todo, contar las cosas que suceden o sucedieron en Atienza; quiere traer la memoria de quienes hicieron que el nombre de nuestro pueblo ocupe un lugar en la memoria histórica de España, y por supuesto de la provincia de Guadalajara.

No es una revista política, aunque nada permanece, al día de hoy, alejado de la política. Atienza de los juglares recogerá aquellas ideas que le lleguen y que puedan ser de interés para que nuestra Atienza prospere, y será crítica, por supuesto, con aquellas actuaciones que, viniendo de la política, de cualquier institución política, creamos que van en contra de los intereses de nuestro pueblo, de nuestro patrimonio, de nuestra naturaleza, de nuestro entorno, entorno, o de sus gentes.

Nos gustaría llegar a todos los atencinos, de dentro y fuera de

Atienza.

Al día de hoy somos muchos más los que estamos fuera que dentro. Somos muchos los que tuvimos que dejar nuestro pueblo en aras de labrarnos un futuro que en Atienza no podíamos lograr. Pero seguimos siendo, por encima de todo, Atienza. Y nos sigue doliendo Atienza, y seguimos sintiendo Atienza. La revista puede ser también un vínculo de unión entre todos los que salimos.

Aquellos que la recibáis podéis a su vez reenviarla a cuantos conozcáis, o podéis hacer algo más, enviarnos direcciones o correos, y nosotros la haremos llegar.

Queremos que Atienza vuelva a ocupar el lugar que le corresponde, en cultura, en iniciativas, en historia, y en tantas otras cosas más que, el tiempo, con su paso voraz, ha dejado a trasmano.

Tomás Gismera Velasco.

ATIENZA, SEMANA SANTA 2009



Un año más, la llegada de la Semana Santa ha dado lugar para que las calles de Atienza volviesen a recuperar algo de la vida que perdieron con aquella feroz emigración de los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Ha sido un auténtico placer eso de recorrer las calles de nuestro pueblo, y encontrar a viejos amigos y conocidos, de los tiempos de la infancia, de la juventud, y de “toda la vida”.

Lástima que el tiempo no acompañase. En esto del tiempo los meteorólogos nunca se ponen de acuerdo. Unos días antes nos anunciaban buen tiempo, y después ocurrió todo lo contrario.

Ya sabemos que hasta el cuarenta de mayo... ¡Pero hombre! No esperábamos que nos hiciese un tiempo tan desastroso. Se notó en la afluencia de público a los actos religiosos, en los paseos y, sobre todo, en los bares. Apetecía estar en lugar cubierto.

El jueves se aventuraba un día bueno, fue el día de la llegada de muchos de los que andamos fuera. Fue un día de saludos, de bienvenidas, y de poner en orden la vieja casa, y comenzar a respirar nuestros benditos aires serranos.

Por la tarde, oficio religioso, con esa procesión de “los tres torrenillos”, como la llamaban nuestros abuelos. Una de las procesiones más significativas y hermosas de Atienza. La iglesia llena, los chiquillos inspeccionando ese momento del lavatorio de pies a los hermanos de la Cofradía del Señor. Después la salida de la procesión y su paso por el Arco de la Virgen, con la noche cerrada.

Se echaba a faltar iluminación en las calles. Hombre, ya sabemos que estamos en crisis, pero el Ayuntamiento de la villa debiera tener previsto que hay días y horas en las que las calles debieran de estar iluminadas, algunas parecían, como antes decían “boca de lobo”.

La procesión ya no se divide en dos cuando llega a la fuente del tío Vitoriano, ahora la procesión, en lugar de llegar hasta la ermita del Humilladero con los pasos, mientras la Virgen de la Soledad continuaba hacia la iglesia, sigue el mismo camino. Todos a la iglesia nuevamente. Es una lástima que se haya perdido esa tradición, una más. Pero claro, no hay hombros suficientes que quieran cargar los pasos, y hay que amoldarse a los nuevos tiempos.

El Vía Crucis del Viernes Santo tuvo que hacerse dentro de la iglesia. Amaneció un día, como comúnmente diríamos, de perros. Con amenaza de agua, de granizo, de nieve... Y un viento de esos heladores hacía tiritar hasta los huesos. Eso sí, la adoración de las Santas Espinas, en la Trinidad, tan concurrida como siempre. La iglesia llena, y mucho tiempo de espera para ver la reliquia. Buena señal. Había mucha gente en el pueblo.



Siempre es un gusto ver a los pedidores de las Santas Espinas con su cantinela: “limosna para las Santas Espinas, las Santas Espinas aumentan la caridad....”

Después comenzó a granizar ligeramente. Más tarde a lloviznar. Luego comenzó a jugar el tiempo. Ahora nieva un poco. Luego graniza un poco. Luego llueve un poco...

El caso es que a la hora de la gran procesión, la del Silencio, las calles eran como la venta de Mal Abrigo, que no había quien parase en ellas. La procesión no pudo salir a recorrer las calles atencinas. Lástima. Salió por una puerta y tras dar la vuelta a la plaza tuvo que entrar por la otra, de la iglesia. No recuerdo, desde que tengo memoria, que sucediese algo así. Hablando del asunto había

quienes guardaban el recuerdo de alguna Semana Santa lluviosa en la que los pasos hubieron de buscar refugio en el antiguo hospital de Santa Ana, pero no salir siquiera de la plaza no lo recordaba nadie. Pero así tenía que ser. Después comenzó a nevar y rato viene, rato va, así estuvo casi toda la noche. La lluvia de la tarde, y el viento, hicieron que la nieve se derritiera pronto, pero aún así, a mediodía del sábado todavía se podían ver los campos atencinos cubiertos por ese manto blanco velando los incipientes verdes de la primavera.



Eso sí, el frío del sábado muy intenso, con un viento de esos que no dejaba estar quieto. Buen día para caminar embozado en una buena capa, a través del Arrebatacapas. A pesar de todo, el pueblo tuvo bastante animación, se notaba la presencia de los habituales excursionistas de fin de

semana. Mucho tráfico, y muchas visitas a los museos, o al menos dio esa impresión. Las plazas, tanto la de San Juan como la de España estaban atiborradas de coches. Hombre, ya sabemos que hoy en día el coche es algo así como nuestra sombra, y que no a todo el mundo le gusta la idea, pero bien podía pensar el Ayuntamiento, de una vez por todas, restringir el tráfico rodado por esas dos plazas tan significativas para Atienza. También sabemos que se pretende hacer un aparcamiento disuasorio fuera del caso urbano. Pero es que hasta que eso llegue pueden pasar...

El caminar por las calles de Atienza el sábado tenía algunos riesgos, coger una pulmonía, que le cayese a cualquiera un trozo de hielo de los tejados, o salir empapado tras un largo caminar a cuenta del deshielo de la nieve acumulada. Los goterones hacían que tuviésemos que caminar esquivando canalones a través de las estrechas callejas. Queda bien la frase.

Y como cada año Jesús nos resucita un poco antes. Mucho antes de la medianoche fue la misa de Pascua de Resurrección, con el encendido de la hoguera Pascual y todo ese rito ya casi olvidado de cuando éramos chiquillos. Algunos años, en la sacristía de San Juan, al término de la misa, se repartía limonada. Seguro que ha corrido, de vaso en vaso, por muchas de nuestras casas.

La procesión del Encuentro, el domingo por la mañana, ponía punto final a los actos de la Semana Santa.

Una cosa a la que nunca me podré acostumbrar, puesto que es uno de los recuerdos que permanecen para siempre en la memoria, es a no ver pasar la calle Real abajo, al tío Angelillo, “el Capravis”, con la campana en la mano, anunciando el momento de ir a buscar al Cristo resucitado a la ermita; y no volver a escuchar su voz de “¡abajo!” o “¡arriba!”, cuando el Cristo y la Virgen se reencontraban en la plaza de San Juan, pero claro, eso son cosas que con el tiempo, aunque no lo queramos, tienen que pasar al recuerdo. Porque somos mortales. Pero es bueno recordar esas imágenes, aunque formen parte del pasado.



Ha sido una Semana Santa pasada por todo en Atienza. Por agua, por nieve, por granizo...

Pero también, como todas las semanas santas, ha tenido ese aire que siempre apetece. De reencuentro, de satisfacción por volver al pueblo. De saludar a familia, amigos y conocidos, y de sentir, una vez más,

que cuando se está fuera del pueblo apetece volver, aunque sea para estar pegado a la lumbre.

Andrés Yagüe Martín.

Fotos: T.Gismera

EN BREVE:

De éxito total, tenemos que calificar la Jornada de la Historia y el Patrimonio de Atienza, que convocó la Asociación Cultural Sibilas de Atienza, el pasado día 11 de abril.

Se invitó para semejante acto a Tomás Gismera Velasco; para que fuese quien diera a conocer, desde su punto de vista, la historia de Atienza a través de un recorrido por sus calles y monumentos.

Comenzó la jornada a las 12 de la mañana, en la plaza de San Juan del Mercado, en un día que para nada apetecía salir a la calle. Y desde luego que el comienzo de las actividades dejaba entrever que no se lograría una siquiera mediana participación. Sin embargo, tras dar comienzo la marcha, al salir de la plaza más de medio centenar de personas acompañaban al guía. En algunos momentos del recorrido más de cien personas se unieron a la marcha, que concluyó, tras un completo recorrido por la villa, a las dos en punto de la tarde, en el mismo lugar de la partida. Tomás Gismera nos impresionó con el conocimiento de la historia de Atienza. Mucho fue lo que aprendimos, y desde luego, el público pidió que actos como este volviesen a repetirse.

A las ocho de la tarde, en el Casino de la Amistad, de la plaza Mayor, el mismo Tomás Gismera, por invitación de las Asociación, ofrecía una versión literaria del destierro del Cid, “Atienza Peña Mui Fuort”. El local quedó pequeño. Más de cien personas siguieron con interés, durante casi hora y media, la intervención de Gismera, que fue presentado por la Presidenta de la Asociación Sibilas, María Teresa Vázquez. Impresionó el silencio y la atención con el que fue seguida la intervención de Gismera.

Nuestra felicitación a ambos, a la Asociación Sibilas de Atienza, por lo gratificante de la jornada, y a Tomás Gismera Velasco, que nos brindó un día histórico.

La Asociación Juvenil de Atienza ha sacado un nuevo número de su revista “Atienza Joven”. Desde estas páginas enviamos nuestra felicitación a cuantos componen dicha Asociación. Atienza necesita moverse en bien de su cultura, y todo lo que por Atienza se haga, sea bien venido. Se distribuye de manera gratuita, y está colgada en varios foros de Internet, entre otras, en la página del Ayuntamiento de Atienza. Una buena idea.

La pasada Semana Santa fue mucho el público que acudió a la villa. No hizo demasiado buen tiempo. Ya queda dicho en la crónica que nos precede. Pero nos tenemos que referir, una vez más, a la escasa iluminación de las calles de la villa. En nuestro paseo por las calles, con la noche sobre nosotros, encontramos que apenas la mitad de la iluminación de las calles estaba en marcha. Muchas farolas se encontraban apagadas, otras con las bombillas fundidas, según nos dijeron.

No es la mejor imagen para un pueblo que trata de vivir del turismo. Nos queda una pregunta: ¿el que estén fundidas las bombillas de las farolas y no se cambien es dejadez municipal?, y una pregunta más: ¿no dar las luces en su totalidad es por ahorro?

Las calles, y mucho más los entrañables callejones de nuestros barrios daban... casi miedo con tanta oscuridad.

Y aunque también se dice en la crónica de la Semana Santa, lo volvemos a repetir. Da angustia que plazas tan significativas como la de San Juan, o la plaza Mayor, en días señalados se encuentren atiborradas de vehículos.

A la hora de la salida de las procesiones se había pedido que no aparcasen coches, y se respetó. ¿No sería posible que lo mismo que puede hacerse en días y horas señaladas se tomase por costumbre y de una vez por todas se respetasen nuestros monumentos?

Atienza, sus plazas, lucirían muchísimo más, libres del tráfico rodado. El Ayuntamiento, en bien del municipio, debería de tenerlo en cuenta.

Otra cosa que no nos gustó, ni gusta demasiado, es la degradación que están padeciendo algunas partes del pueblo.

Cuando hace unos años se levantó la muralla que recorre el tramo que va desde el Arco de la Virgen al Arco de las Escuelas Viejas, se hizo por su interior un largo pasillo con escaleras para que cuantas personas lo desearan pudieran acceder a la plaza de San Juan a través de él. Un pasillo iluminado, y con un estupendo mirador al término del mismo.

Se fundieron, o rompieron, las bombillas, y el lugar es, al día de hoy, un centro “social” para la juventud. El lugar más apropiado para sus botellones. El lugar da espanto. Los desperdicios se amontonan. Nadie se atreve a pasar por el lugar, y nadie lo limpia. El Ayuntamiento debería tomar medidas. A lo mejor, ya que no se prohíbe el botellón, lo más

aparente sería cerrar el paso. De esa manera, al menos, quienes nos asomamos, o se asoman, de dentro y fuera de la villa, no ven en el centro de la población esa especie de basurero clandestino.

Está claro que Atienza tiene en su larga historia a muchos personajes dignos de habitar entre nosotros, aunque sea a través del conocimiento de los trabajos que dejaron para el futuro.

Ya se reconoce por muchos sectores del difícil mundo de los historiadores, que Juan Bravo, el famoso capitán comunero, nació en Atienza. Ya era hora.

Ahora otro personaje de aquellos que dieron renombre a nuestro pueblo está a punto de ver como su biografía sale a la luz.

Se trata de Juan José Arias de Saavedra, aquél a quien Melchor Gaspar de Jovellanos llamaba familiarmente “papaíto”.

El laborioso trabajo de investigación lo está llevando a cabo Juan Antonio Gallego Gredilla, agregado comercial en la Embajada de España en Estocolmo. Gallego Gredilla es autor de la obra: “Serrano y Sanz en la historia”, le deseamos la mejor suerte con nuestro paisano.

Recientemente se recuperó una antigua tradición atencina, la fiesta de San Antón, una iniciativa de la Asociación de Mujeres las Hilanderas. Nos llegó la noticia de que había pocos datos sobre dicha fiesta. Al parecer eran pocas las personas que la recordaban. De cómo se celebraba dicha festividad se publicó un trabajo en la Revista de Etnología y Folclore de la Diputación Provincial, debido a Tomás Gismera Velasco.

No estaría mal tratar de recuperar otro tipo de tradiciones. Son muchas las que se han perdido en Atienza, y siempre conviene echar una mirada hacía atrás.

Y como no podía ser de otra manera, desde estas páginas invitamos a participar, y colaborar en nuestra revista digital, Atienza de los juglares, a las asociaciones y entidades de Atienza; a la Asociación Juvenil, Asociación de Mujeres las Hilanderas, a la Asociación Cultural Sibilas de Atienza y, en resumen, a cuantos deseen enviarnos una colaboración, un recuerdo, una noticia... o aquello que crean puede ser de interés para los atencinos.

Sonia Bruna Medina

EL PERSONAJE:

BRUNO PASCUAL RUILOPEZ

(Alcarreños ilustres)

Atienza (Guadalajara), 1860 – Madrid, 1920
Abogado. Notario. Político



Estudió Derecho en Madrid, aprobando las oposiciones a Notarías. Ejerció su profesión en Madrid, y se dedicó a la política, militando en el Partido Liberal. Obtuvo el acto de diputado en Cortes, por el distrito de Sigüenza, desde 1893 a 1899. Y la de Senador por la provincia de Guadalajara, desde 1899 hasta 1920. Puede considerársele un auténtico profesional de la política desde su actividad de notario. Fue famoso por su oratoria cumplida y prolífica.

La oratoria de don Bruno | por Tomás Gismera Velasco | Revista “Arriaca” de la Casa de Guadalajara en Madrid. 3ª época. Nº 207. Mayo 2007

Tal vez uno de los personajes mas desconocidos de Atienza, a pesar de su reciente historia, sea don Bruno Pascual Ruilópez, nacido en la villa en 1860, y fallecido en Madrid en 1920. En Atienza se le recuerda, escasamente, por haber regalado un Rosario de faroles a la patrona, y si se pregunta muy pocos sabrán decirnos sobre él, mas allá, de que es el nombre de la Plaza de San Juan del Mercado, en la que nació. Hijo de hacendada familia, se trasladó muy joven a Madrid, donde estudió Derecho y posteriormente se hizo Notario, estableciendo su gabinete en la calle Núñez de Arce 17. Al parecer se trató de un hombre serio y formal, de ideas fijas y buena presencia, a pesar de que nunca se casase, y no dejó más herederos que una hermana, viuda también sin descendencia. Sus bienes, bastante cuantiosos, se perdieron en legados, fundaciones, donaciones y obras de caridad. Con apenas 33 años cumplidos, fue convencido para encabezar una candidatura al Congreso de los Diputados, por el Partido Liberal y el

Distrito de Sigüenza. Ganó aquellas elecciones con algo más del cincuenta por ciento de los votos, en las que tuvieron lugar el 5 de marzo de 1893. Repitió, con aumento de votantes, en las del 5 de abril de 1896, y "barrió", con 6.629 votos, de 7.212 emitidos, en las que tuvieron lugar el 27 de marzo de 1898. Legislatura breve, pues en apenas unos meses se convocaron nuevas elecciones, en las que nuestro personaje no repitió al Congreso, sino que pasó al Senado, como uno de los tres representantes de Guadalajara.

Su paso por el Congreso de los Diputados resultó bastante anodino en cuanto a intervenciones, sin embargo logró una serie de objetivos. La mayoría de las carreteras que unen Jadraque, Atienza y Sigüenza con los pueblos del entorno, e incluso con la "general", se deben a su directa intervención, y como Miembro de la Comisión de Ferrocarriles, trató de enlazar por trenes de vía estrecha, a un buen número de pueblos.

Mas si en el Congreso tuvo escasas intervenciones, no ocurrió lo mismo en el Senado, al que llegó con 39 años, representando a la provincia desde 1899 hasta 1920, con un paréntesis en 1916-17, en el que lo hizo por Córdoba, siendo además, entre 1905 y 1916, Presidente del Ilustre Colegio de Notarios.

Aquellos fueron tiempos en los que la oratoria parlamentaria estaba muy por encima de lo que estamos acostumbrados a ver en nuestros actuales políticos. Aquellos utilizaban un léxico digno de figurar en todos los manuales, y digno también de mostrarse, por aprender de aquella fácil oratoria.

Tal vez en Atienza, a la hora de hablar en público, pequemos, unos por exceso y otros por defecto, sin embargo, Don Bruno, mi paisano, aún haciéndolo por exceso, lo hizo en pos de sus votantes.

Presidía el Senado don Arsenio Martínez Campos el 6 de noviembre de 1899. Mi paisano pidió por vez primera la palabra. En la Cámara Alta hizo su entrada el Ministro de Gracia y Justicia, al que interpeló, durante 17 minutos, para que solucionase, de una vez por todas, un serio problema surgido en la localidad de Hijes, a cuenta de la construcción de la fuente pública. El Ministro de Gobernación dictó una ley especial condenando al pueblo a pagar unas obras que no se habían concluido.

A 22 minutos, alcanzó su petición de datos sobre el nombramiento de alcaldes y concejales, en las elecciones de 1899, en Atienza, Brihuega y Sigüenza, donde hubo lo que bien podríamos denominar "pucherazos"; y durante hora y media, debatió en el Senado el nombramiento de algunos senadores, ante todo los de Zamora, por haber sido elegidos, a juicio de algunas señorías, de forma irregular, en 1903.

Tal vez uno de sus mayores quebrantos, fue tener que responder en 1920, a las interpelaciones que otros senadores hicieron al entonces Ministro de Gracia y Justicia, señor Garnica, a cuenta del injusto desahucio del que fue objeto mi paisano de su bufete de Notario. Le aumentaron la renta de 300 a 3.000 pesetas mensuales, ¡que atrocidad!, gritaron sus señorías, y encima

no le pasaron los recibos al cobro. El caso fue comparado en la prensa de la época con el crimen de la calle de Fuencarral, que por entonces tenía alterada la vida madrileña.

Mi paisano, tras escuchar cuanto se dijo en torno a la justicia, y en uso de la palabra, concluyó su discurso, de una hora, diciendo:

-Si esto se hace con una persona de posibles, que puede pagar la renta o comprar la casa, ¿que no hará la justicia con los humildes y con aquellos que no tienen recursos?

La respuesta del señor Ministro fue digna de enmarcarse más allá del Diario de Sesiones.

- Pues no se queje su Señoría si tiene para pagarlo, el problema de la vivienda tiene esas cosas en Madrid, y la justicia actúa mal en medio mundo y no se queja nadie.

Sin embargo, aquella sesión, en la que la oposición abucheó al Señor Ministro, y que duró casi tres horas, no tiene cuenta en este caso, puesto que don Bruno fue uno de los ponentes en la Ley de Sucesiones de comienzos del siglo XX. Se expusieron los articulados, y en esas mi paisano pidió la palabra para defender sus alegaciones a aquella Ley, que al parecer constaba de 57 artículos, en los que a su juicio, se trataba al contribuyente como un defraudador en potencia.

Su primera intervención duró cosa de tres horas, al cabo de las cuales, y antes de continuar, rogó al señor Marqués de Valdeiglesias, apagase su cigarro puro, "puesto que puede producirme una afección a la garganta". El señor Presidente de la Cámara, Marqués de Aguilar, pidió que se cumpliese, y continuase mi paisano en el uso de la palabra.

Atestigua el Diario de Sesiones, que lo hizo dos horas más, al término de las cuales, tras discutir una a una sus enmiendas, y pedir don Bruno que se aplazase la votación "ante los bostezos de sus señorías cuando comienzo a concluir". El Presidente, tal vez aburrido, preguntó a mi paisano ilustre:

- ¿Por qué no hace su Señoría una alegación a la totalidad y concluimos antes?

No me puedo imaginar la cara de perplejidad de los señores senadores, cuando mi paisano, va y les suelta:

-Resulta señorías, que el primer y último artículo, son correctos, mas si lo desean, visto que me restan 17 alegaciones y estamos fuera de reglamento, por no cansarles a ustedes, y estimando que tienen cosas mejores que hacer, mañana sigo.

Don Bruno Pascual Ruilópez, genio y figura, fue en Atienza y su comarca uno de sus grandes valedores, auxilió al necesitado, y "miró" en todo momento por los pueblos a los que políticamente representaba, sin importarle los colores de sus banderas.



aache
ediciones www.aache.com

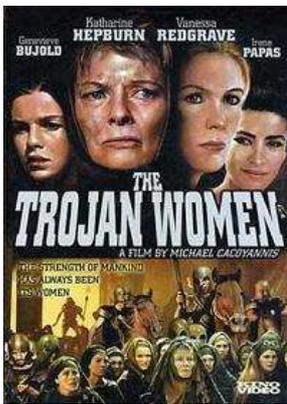
*Toda Guadalajara
a tu alcance...*

ATIENZA, en el ayer: Curso del 1969

1^o parte

Como a todos nos gusta recordar, y a mi también. Esta sección, dedicada a recordar el tiempo pasado, la vamos a comenzar por esos años, emblemáticos de alguna manera para la historia de Atienza, y también para quien firma este trabajo, estaba apunto de abandonar el pueblo para irse, como tantos otros, a estudiar.

Si, el año 1969 fue el año de la película, el de las Troyanas. Aquel en el que Atienza se convirtió en un gran plató de cine y saltó a la prensa del



mundo entero a través de la imagen de aquellas estrellas de Hollywood que se pasearon por nuestras calles, Katherine Hepburn, Irene Papas, Vanesa Redgrave, Geneviève Bujold, y tantas y tantos otros. Hasta el director era importante, Michael Cacoyannis, y quien le puso música, Mikis Teodorakis.

El año comenzó con frío, viento y nieve. No, no es un tópico. Fue así. Entonces los inviernos eran crudos y los comienzos de año se iniciaban, o continuaban, con aquella tradicional matanza que ha pasado a la historia de los pueblos. El matadero, por aquellos días de comienzos de año era un hervidero de gentes. Los matachines daban cita previa para matar el cerdo, o los cerdos, e Hipólito, “el Poli”, se afanaba día si, y día también, en tener a punto el matadero. Poli, Hipólito, era uno de esos personajes del paisaje atencino. Desde Portacaballos, donde vivía por entonces en compañía de su madre, recorría el pueblo de cuatro zancadas. Para quienes no lo conocieron, o no les suene, Poli era empleado del Ayuntamiento, algo así como la persona para todo, lo mismo era barrendero que recadero.

Había otros personajes de esos que le siguen creciendo al paisaje de la

niñez, el señor Angel, el alguacil; o tío Julián, que era lañador, aunque vivía de la caridad; o el tío “Murciano”, que también vivía de la caridad, y de recoger cuatro trastos por las calles, de Atienza y de los pueblos vecinos.

Y es que Atienza, a pesar de todo, hace cuarenta años era todavía “mucha Atienza”. Todavía había un buen número de comercios, un buen número de tabernas, y un buen número de habitantes.

Tal vez, fuera de la famosa película, uno de los sucesos que más llamó la atención, casi, casi en los comienzos del año, aunque ocurrió en la madrugada del 28 de febrero, fue aquel fatídico terremoto que según cuentas llegó a alcanzar los 7,3 grados, y aunque el epicentro estuvo a muchos kilómetros de Atienza, todavía recuerdo que casi me caí de la cama, porque la cama se movió.

Los grajos que anidaban en las murallas y en el castillo, que todavía había grajos en Atienza, estuvieron toda la noche sobrevolando el pueblo, y los perros ladrando. Eso lo recuerdo perfectamente. Como lo recordarán otras muchas personas. Aquella noche, además, Atienza estaba de luto, porque había muerto una señora en el barrio de San Gil, ¿su nombre? Se me perdió en el tiempo. Eso si, recuerdo que el entierro se vio arropado por la nieve, porque aquel 28 de febrero, después del terremoto, comenzó a nevar.

Por entonces ya solo había un cura en Atienza, don Lucas de la Villa, que se marchó por entonces a Sigüenza, luego con el tiempo se marcharía a Brasil, y con el tiempo, casualmente, me lo encontré una tarde en Madrid, cuarenta años después. A don Lucas de la Villa lo sustituyó don Epifanio Herranz.

El Alcalde era el de casi toda la vida. Don Julián Ortega Asenjo. Al decir el de casi toda la vida es porque nací cuando don Julián era Alcalde, y todavía lo continuó siendo durante muchos años más, hasta las primeras elecciones municipales ya en época de monarquía. No fue un buen Alcalde. Eso lo sabía incluso él. Los alcaldes que están mucho tiempo en el cargo, y que no saben

ser alcaldes, porque no escuchan a las gentes del pueblo, no suelen ser buenos alcaldes. A don Julián le ocurría eso.

Aquel año, el de 1969, también se vendió, a la marquesa de Aledo, la iglesia del Salvador, para reconvertirla en residencia particular. Nunca sabremos si fue un acierto o no el que se vendiese, al menos de aquella manera se libró de la ruina que la estaba amenazando. También desconozco si el precio de la venta, 225.000 pesetas, de las de entonces, era poco o mucho, pero ese fue el precio.

Al señor Fernández Ordóñez le costó algo menos el terreno sobre el que levantó su casa atencina, 60.000 pesetas. Los terrenos pertenecían al obispado, al que se los legó en testamento una atencina de la que ya pocos tenemos noticias, se llamaba Dionisia Rivas. Por cierto, los terrenos salieron a subasta pública en 80.000 pesetas, luego fueron a la baja. Añado esto porque es lo lógico, la subasta pública, cuando se trata de edificios o terrenos que pertenecen a instituciones. Con esos dineros obtenidos de una y otra venta, se hicieron obras en la iglesia de la Trinidad, en el cementerio y en San Juan. El resto se repartió, según el obispado, en obras de caridad.

Hubo, poco antes del verano del 69, una visita de esas que quedan marcadas en el tiempo. La del Director General de Promoción del Turismo. Llegaba para dar la salida al proyecto de abrir en Atienza un museo en la iglesia de San Gil, entonces convertida en aserradero. Al Director General de Promoción Turística le acompañaba un tal Félix Rodríguez de la Fuente, del que pocos habíamos oído hablar, porque en Atienza apenas había una docena de televisores. Si acaso, en los bares y en el Casino, así que los domingos por la tarde, uno y otros, estaban hasta arriba, para ver las películas, el fútbol o los toros. Aunque claro, hablar de bares en plural es decir mucho. Estaban el Federe y la taberna del tío Casillas. Y se acabó. Esos eran, junto al Casino, los lugares sociales más conocidos, o visitados. También había otros de menor calado. Y sin televisión. La taberna del tío

Navarro, la de la tía Basilia, la de “la Gallega”, o la de Tomás Arias, junto a la fuente del tío Vitoriano, que entonces llevaba su viuda. También la tienda del señor Dionisio Arias, además de tienda, ejercía oficios de taberna. Que nadie se acuerda de las viejas tabernas atencinas y también pertenecen a nuestro paisaje. Y del comercio, que también estaba todavía bastante bien abastecido. En las tabernas se vendía un poco de todo, pero los había más especializados. La tienda de los Moreno, la de Félix Pérez “Los Robiscos”, el estanco, la del señor Pedro, en los soportales de la plaza de San Juan... fruterías, pescadería... Incluso cine, en los antiguos salones de baile de Manolo Roldán. Vamos, que teníamos de todo, o de casi todo, menos un futuro prometedor. Por cierto, y hablando del cine en aquel viejo salón, la primera película que se estrenó fue “Camino del Rocio”.

El museo todavía tardaría más de veinte años en llegar. Y los bares crecieron como las setas en otoño.

Es justo decir que en aquel tiempo éramos, en Atienza, algo así como mil personas, entre unos y otros. Ahora no se llega a la mitad. Al colegio de chicos, en el viejo edificio, hoy injustamente vendido, de la plaza de toros, dividido en dos clases, iban algo así como cien alumnos, mitad a mayores, y mitad a pequeños; los maestros: Don José Luis y don Gerardo. A las chicas, en las escuelas nuevas, iban algunas menos. Chicos y chicas íbamos a clases separadas, así que el nombre de las maestras se me queda en el de doña Julita, y paremos de contar.

Y como en Atienza todavía quedaba un número señalado de habitantes, justo es decir que también hubo un número señalado de nacimientos, ocho, en el tiempo al que me remito; también hubo nueve defunciones, y dos matrimonios.

Pasaron muchas más cosas, claro está. Pero de esas hablaremos en el próximo número.

Tomás Gismera Velasco

LA FIESTA DEL MES:

LA CABALLADA



La Caballada es una fiesta sin parigual en las hispanias...

No hay en Guadalajara fiesta igual, de tanta lejanía nostálgica, de tanta prez y tanta hombría.

Hay otras muy bellas. Pero nada puede quitar la primacía

a Atienza en su día mayor, La Caballada. Eternamente nueva, sorprendente de ancestral a y de futuridad; épica al par que lírica; del pueblo, y al par, de la Hermandad, tan recatada en el estatutario que la rige, que la comida es casi de trapenses, en pura soledad, y tras lo sacro de este convite, que a lo lejos tiene oros parsifalianos, donde solo faltará el Santo Grial, luego, a los cabos del yantar, la alegría de los pífanos y las dulzainas, cada vez son menos, que, junto a los tambores, van marcando la cuesta de subida, jalonada por la bandera y el señor Abad y el Hermano Prioste, y los de número, que llevan chaquetilla del su abuelo o del su bisabuelo, rebordada en verde y rojo y sin que falte la bota en bandolera con el mosto empecinado, y en oreja moza algún clavel, que estuvo so las andas en la ermita y que parece risa de novia en la oreja moza.

Desde este punto y hora, lo bucólico, al tiempo que lo ascético, la danza y la comida de oración se vuelven un épico huracán, desenvainado como una espada de aire sobre Atienza.

La hora de los caballos contendientes se extiende por las tierras de la llana donde van a correr, buscando el lauro de una Olimpiada anual, que reverdece y se hace nueva, cada vez que llega Pentecostés, y al aire de la tarde la inmensa torre del castillo es de oro; y es de sombra y es de verde, allá en su bajo, el cementerio, donde están dormidos los que antaño corrieron los caballos y el último galope lo trotaron sobre el caballo, deshuesado y blanco que lleva por bridal una guadaña y pace yerba lacia en sepulturas.



Propongo a los viajeros que hagan una paranza, cuando el trote de los caballos rebase ya las metas, cuando suenen cansadamente chirimía o parche; cuando ya, en el contraste de la tarde, vuelta de azul oscuro, sea plata viva la estrella de la fiesta en véspero; propongo que no salgan de esta Atienza, horno de llamas en Pentecostés, sin hacer estación enmudecida, estación melancólica, en el predio donde duermen los otros, los que fueron jinetes otro día y que ahora esperan descabalgados a que un ángel suene la trompeta, para ir de Caballada por otra Atienza, donde las Espinas son bienaventuranza que florece.

Propongo a los viajeros que no viajan en arriería, un poco de reposo para asomarse, cuando el tiempo empiece a acabarse, a las bardas y alas yerbas que, bajo la torre forman ese pañuelo rebordado en sepultura de Santa María, la del Rey.

Y entonces se les entregará el alma de Atienza cansada de correr; desmoronada de vivir; aplomada como un pájaro que atravesó una flecha, palpitante de alma, que no de piedra; escaladora de eternidades por su arisco cerro; húmeda de ternuras; caballera en el caballo de su sangre espesa; niña de Niño Rey; aduzaida y tamborileada, escrita en viejos cronicones, con cintas y con plomos, abuela de mil años y mozuela que baila y pisa el trébol.

Atienza, que por algo conmemora La Caballada, fiesta primigenia en las Guadalajaras medievales, con rúbrica de reyes y de obispos, que necesita, para su contraste de fuego, la ceniza amontonada en torno a la torre roqueriza de su castillo; la ceniza, casi recogida en lo humilde de un pañuelo con sepulturas, donde está la raza de los recueros, bajo la mirada quieta, profunda, de Santa María, la del Rey.

José Antonio Ochaíta García.

“Homenaje a los recueros que fueron”. Atienza, mayo, 1969.

Fotos: J. Lizón.

LA OPINION DE:

JUAN VELASCO MARINA.

YO PRESIDENTE, CRISIS GLOBAL (Un juego).

La abuela Caela, hace ya muchos años, pero todavía me acuerdo, debe de ser que la memoria reverdece con el paso de la edad, en una de aquellas jornadas de esperar a que llegasen los magos de Oriente a través del hueco abierto de la chimenea, mientras nos preguntábamos como harían para bajar a través de ella sin quemarse con la lumbre baja; sin caer en la caldera del agua; y lo más importante, sin pringarse de hollines y saltando por encima de los varales de morcillas, nos sorprendió con un regalo especial mientras mirábamos hacia otro lado, el instante justo para que los reyes magos nos dejaran, sin enterarnos de su paso, junto a la mona de la lumbre, un parchís. ¡Ya podíamos jugar a la Oca!

He de reconocer, también la abuela lo reconoce, que los tiempos han cambiado. ¡Si los antiguos levantasen la cabeza! Suele decirlo, cuando la suya, saliendo de su mundo, observa el otro, el de las comunicaciones que al día de hoy nos traen de cabeza a todos. Creció sin televisión, aunque quienes hayan leído estos comentarios ya se habrán dado cuenta, y todo, desde que está en Madrid, es nuevo para ella.

En aquellos lejanos años, en los que jugábamos a los toros, a las vaquillas, al aro, a la peonza, a saltar la comba, a ser el bueno de Bonanza, a los indios, a las guerras a pedrada limpia entre los del barrio de abajo y los del barrio de arriba, a la dola, a las cartetas..., jamás se nos hubiera ocurrido que, desde un ordenador pudiéramos jugar... ¡a ser presidente!

Hay que reconocer que en aquellos años de los que estoy hablando no había presidente, sino Jefe de Estado, y que lo más de lo más, o sea, quien más mandaba en el pueblo a ojos de los chiquillos, era el cartero, que era el único que aparecía con uniforme y gorra de plato sobre la cabeza, y he de

reconocer que los chiquillos, al ver a semejante autoridad huíamos como el gato que escapa del agua caliente para no escalfarse.

Bien, pues tanto han cambiado los tiempos que ahora podemos jugar a ser presidente del país que se nos antoje. De España, de Grecia, Portugal, Rusia, Argentina, Angola... y creo que hasta 162 países más. Podemos arreglar y desarreglar, jugar con el precio del petróleo, subir o bajar el euríbor, la bolsa, nombrar ministros, directores generales, jugar a eso de tomar cafelitos mientras se negocian tratados de paz, disponer, ordenar, conjugar gobiernos con la oposición... ¡Madre mía! lo que han cambiado los tiempos. Y no hay que esconderse detrás de una tapia cuando aparece el cartero con gorra de plato, porque ya no la llevan.

Yo creo que el juego está equivocado. Que debieran de ser los presidentes quienes jugasen a ser ciudadanos. Los que, cambiando los papeles, tendrían que asumir la carga de ser un ciudadano en paro, un ciudadano en crisis, un ciudadano con la hipoteca pendiente, con la letra del coche pendiente, con la factura de la luz pendiente, con la matrícula de los chiquillos pendiente, con el problema de la lista de espera del médico, con el jaleillo que supone tener que bajar, desde la sierra a la capital conjugando horarios de autobuses para hacer la compra, ir al médico, arreglar lo del catastro y, si sale y hay tiempo, alguna cosilla más. Creo que debiera invertirse el juego, lo que ya no se es si los presidentes tienen tiempo para entretenerse en estas cosas entre cumbre y cumbre. ¿Jugarán los presidentes de gobierno a algo más que al tenis, el golf, el pádel, la caza..?

La abuela Caela, imaginando que jugábamos al juego de la Oca, cuando le explicamos que lo mismo se podía ser Zapatero que Obama, que Medvédev, Berlusconi, Chávez o Castro, se puso muy seria, frunció el ceño y, como quien no quiere la cosa, eligió personaje.

-Alguacil.

Lo había olvidado, en el pueblo, quien más mandaba y el día de la fiesta también llevaba gorra de plato, era el alguacil. Hombre, ya puestos a jugar a ser Presidente yo me pido ser Obama que parece que manda un poco más que otros, y lo mismo, ya puestos, a él se le ocurre jugar a currito y otros aprenden, y se acaba el paro, la crisis, los ere..., y aprenden eso de que una cosa es pregonar y otra dar trigo.

Por cierto, el alguacil del pueblo para todo tenía arreglo: “mañana está solucionado”, decía. ¿Pero qué mañana?

Está claro, la política no es más que un juego, ¿alguien dijo que de niños grandes? Pensé haberlo escuchado.

GUADALAJARA, PRESENTE Y FUTURO.

(Conferencia pronunciada por el periodista Raúl Conde, en la Casa de Guadalajara en Madrid, el 14 de abril de 2009).

El escritor inglés John Berger tiene un libro que retrata con detalle el olvido al que están siendo sometidos el campo y los pueblos. Se titula “Puerca tierra” y es un relato descorazonador sobre lo que hemos dejado que se pierda sin apenas reaccionar, aquello que ya se ha ido y que carece de retorno. Susan Sontag dijo que Berger escribe de lo importante, no sólo de lo interesante. “Puerca tierra” se centra en el campesino francés y el destino que no ha logrado evitar: sucumbir a la prosperidad europea y a las nuevas formas de producción. El reflejo de estas consecuencias pone sobre la mesa la pérdida de la luz y el color de una vida rural que está en vías de extinción. Las regiones más depauperadas de España son un referente de esta tendencia y Guadalajara no es una excepción. La vida campesina, en toda la Europa occidental y seguramente en todo el planeta, siempre ha estado dirigida a la supervivencia. Pero nadie había pronosticado un futuro tan paradójico: rozar la deserción justo cuando se han alcanzado las mejores condiciones técnicas y económicas para trabajar la tierra.

La realidad política, económica y social de Guadalajara no se puede entender sin recurrir a dos criterios básicos de análisis: la geografía y la demografía, es decir, el territorio y la evolución del número de habitantes.

Guadalajara es una provincia de mentalidad castellana y pertenencia administrativa castellano-manchega. Pero tiene un vecino rico y poderoso que se llama Madrid, que durante décadas ha devenido en factor de progreso y de riqueza, aunque con notables rasgos diferenciadores. La cercanía con Madrid se convierte en lejanía desde el momento en que nuestros pueblos no han alcanzado el nivel de desarrollo y de bienestar que los de la provincia madrileña. Las diferencias en cifras de población, renta per cápita, volumen económico y dinamismo social son evidentes y no hace falta recordarlas porque están a la vista de todo aquel que las quiera ver. En todo caso, seríamos los guadalajareños algo ingenuos o desagradecidos si no reconociéramos la aportación de la Comunidad de Madrid al desarrollo de Guadalajara. Esta coyuntura es la que entronca directamente con el

factor demográfico.

El éxodo migratorio en los pueblos de Guadalajara fracturó para siempre la potencia del capital humano que, hasta ese momento, podía exhibir una provincia mesetaria como la nuestra. Siendo sinceros: no era mucho este potencial, pero era mucho más de lo que quedó después de la salida de miles de ciudadanos hacia las grandes ciudades. La provincia registra actualmente algo más de 230.000 habitantes. Tiene 288 términos municipales, de los cuales las tres cuartas partes son pueblos de menos de 200 habitantes.

Raquel Pociños, Juan Manuel Tieso y Miguel Marín, profesores de la Universidad de Alcalá de Henares, afirman en el libro *Movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la Transición* que la transformación económica experimentada por Guadalajara a partir de la década de los sesenta del siglo XX se debe, no tanto al cambio de un modelo agrícola a otro industrial, sino a las consecuencias de la emigración. La proximidad a Madrid hace que muchos guadalajareños se busquen el sustento en la capital. Incluso Engels y otros teóricos del marxismo ya predijeron la desaparición del campesinado frente a la mayor rentabilidad de la agricultura capitalista. John Berger defiende que “el campesino ha sobrevivido más tiempo del que le habían pronosticado. Pero durante los últimos veinte años, el capital monopolista, mediante sus empresas multinacionales, ha creado una nueva estructura del todo rentable, la «agribusiness», por medio de la cual controla el mercado, aunque no necesariamente la producción, y el procesado, empaquetado y venta de todo tipo de productos alimenticios. La penetración de este mercado en todos los rincones de la tierra está acabando con el campesinado. En los países desarrollados mediante una conversión más o menos planificada; en los países subdesarrollados de forma catastrófica”.

En el caso de Guadalajara, como contraste a este proceso de descapitalización del campo, se alienta la inversión de empresas en el cinturón industrial rayano con el río Henares. Este hecho, hasta ese momento inédito, consigue mitigar en parte el éxodo rural. A partir de los sesenta empiezan a instalarse grandes fábricas como Vicasa, en Azuqueca de Henares, Isover o Crivisa. El desarrollo alcarreño empieza a despegar y dura hasta nuestros días, fruto de la necesidad de mano de obra y servicios por parte de esta creciente industria.

Guadalajara, que había sido declarada “polo de descongestión preferente” de Madrid en 1958, comienza a despuntar en el sector industrial. El 23 de octubre de 1959, el Consejo de Ministros aprobó la extensión de los nuevos polígonos residenciales en 259 hectáreas. El alcalde de Guadalajara en ese momento, Pedro Sanz Vázquez, con buenas relaciones en las altas esferas

del régimen, alcanzó su máxima cota de popularidad. Ciertamente, el desarrollo industrial experimentado por Guadalajara desde los años sesenta hasta hoy es, en gran medida, resultado de aquellas decisiones políticas que se adoptaron a finales de los cincuenta. La visión era evidente: había que compensar la pérdida de ciudadanos y la sangría del padrón convirtiendo a Guadalajara en uno de los principales satélites del gran Madrid.

Consecuencia de este proceso es la llegada a principios de los años setenta de empresas como la histórica Bressel, que dio empleo a cerca de ochocientas familias. Esta empresa estaba centrada en el sector del automóvil: fabricaba carburadores, bombas de gasolina y otros componentes para el coche, sobre todo para la marca Seat. Durante esta misma década se instalaron en los polígonos industriales de Guadalajara otras firmas potentes como Carrier, Interclisa e Hispano Ferritas. El Corredor del Henares, ya entonces, era una potencia industrial emergente. El peso de la actividad agrícola decaía a marchas forzadas.

El gobernador civil de Guadalajara en aquella época, Pedro Zaragoza Orts, escribía en su Memoria anual en 1975: “En el aspecto social continúa acentuándose en la provincia la distinción entre zonas industriales (Guadalajara y Azuqueca de Henares) y zonas agrícolas y ganaderas (el resto de la provincia), con las diferencias de todo tipo existentes en cuanto a renta per capita, acceso a la cultura, vivienda, prosiguiendo el trasvase de mano de obra de la agricultura a la industria”.

La evolución de los padrones municipales refleja estos cambios económicos. A favor o en contra, según el caso. Hay dos municipios especialmente beneficiados de esta pujanza: Guadalajara y Azuqueca de Henares.

La ciudad de Guadalajara tenía 21.230 habitantes en 1960. Diez años después, 31.917 y en 1981 ya registraba 56.922 habitantes hasta llegar a los más de 80.000 actuales. Por su parte, Azuqueca también creció de manera paulatina: de los 1.613 habitantes en 1960 a 5.745 a finales de los setenta y casi 10.000 en 1981. Hoy cuenta con cerca de 30.000 habitantes.

Ante este panorama, lo cierto es que la atomización de la provincia de Guadalajara en lo tocante a su población es cada vez más palmaria, aunque es verdad que se está produciendo una extensión de las áreas industriales que pudiera hacernos mantener la esperanza.

Atendiendo a factores económicos y poblaciones, la provincia de Guadalajara se distribuye en tres grandes áreas, cuyas capacidades son muy diferentes entre sí.

En primer lugar, se sitúa el primer cinturón del Corredor del Henares, la zona más industrializada, formado por Guadalajara capital y las localidades adyacentes o vecinas como Azuqueca, Alovera (casi 10.000 habitantes censados), Cabanillas (más de 8.000) y Marchamalo (algo más de 5.000).

En segundo lugar, cabe considerar el segundo cinturón del Corredor del Henares: pueblos con una relevante actividad agrícola, con una industria creciente y con un desarrollo residencial más equilibrado que en el primer Corredor. Un caso paradigmático es Torija, capaz de armonizar su desarrollo con criterios razonables y sostenibles de crecimiento industrial y urbanístico, aunque también hay que incluir a El Casar, Torrejón del Rey, Yunquera de Henares, Fontanar, El Pozo de Guadalajara, Pioz o Chiloeches. Son poblaciones que superan los 1.000 o 2.000 habitantes cuya vista está puesta en el agotamiento del modelo del primer cinturón del Corredor. Su crecimiento está siendo más ordenado y racional.

Finalmente, el tercer gran bloque de la provincia lo forman los territorios deprimidos, con falta de recursos, sin capacidad industrial, con una agricultura en declive (por la falta de relevo en la juventud) y con un importante déficit de habitantes. Son los pueblos de la Sierra y del Señorío de Molina, aunque también muchas zonas de la Alcarria. Los datos apabullan: durante los años sesenta y setenta, mientras en el valle del Henares las industrias empezaban a brotar como hongos, los pueblos quedaron semi abandonados. Unos más que otros, es cierto. Pero el resultado global genera desaliento. Atienza perdió el 45,6% de su censo; Molina de Aragón el 15,5%; Sacedón el 20,4%; Cifuentes el 45,1% y Sigüenza el 23,3%, por citar algunos de los antiguos partidos judiciales.

Otros núcleos modestos aún se han visto más castigados. A modo de ejemplos: Somolinos ha pasado de casi doscientos habitantes censados a principios de 1960 a tener 40 en la actualidad. Peñalén, de casi 400 habitantes a 126. Milmarcos, de más de medio millar a apenas 125 habitantes. Albendiego, de casi 300 a 43. Alcocer, de 1.300 habitantes a poco más de trescientos en la actualidad. Castellar de la Muela, de más de doscientos a apenas una treintena de habitantes. Por no hablar de la escualidez en el censo de las casi treinta pedanías que administra el Ayuntamiento de Sigüenza: Bujalcayado, Alcuneza, Villacorza, Alboreca o Pozancos, entre otros. Y por no hablar de todos los pueblos que se han quedado en el camino, aquellos que ya no se habitan y que sólo conservan sus recuerdos: Villaescusa de Palositos, Tobes, Jócar, Picazo, La Vereda, Hontanillas, Valdeloso, Las Cabezadas, Robledarcas, Torrecilla del Ducado, Matas, Querencia, Sacedoncillo o Santotis. En España, según datos del Instituto Nacional de Estadística en 2007, más de 2.800 pueblos están abandonados. Ojo: no en trance de despoblarse, sino abandonados. Es decir,

que son pueblos fantasmas. Esta es una realidad de la que, por desgracia, Guadalajara participa en su pasado reciente. Y, de forma indefectible, también representa un lastre para el presente. La cosa llegó a estar tan mal que el poeta Jesús García Perdices, en Nueva Alcarria, aportó una novedad: “Sería conveniente reagrupar en los pueblos todavía habitados a los vecinos de aquellos otros en trance de desaparición”. La idea fue lanzada al gobernador pero... ¡Cualquiera se resiste a abandonar su patria chica!

Dejando aparte la frialdad de los datos, yendo al terruño, conviene analizar el sustrato de aquello que nos ocupa hoy aquí, que es el estado actual y venidero de una tierra que rara vez se ha parado a pensar lo qué es o lo que quiere ser.

En un artículo publicado en el diario ABC del 2 de agosto de 1912, José Martínez Ruiz, el mítico Azorín, reseñaba un libro de reciente aparición: Campos de Castilla, de Antonio Machado. Y escribía: “La característica de Machado, la que marca y define su obra, es la ‘objetivización’ del poeta en el paisaje que describe. Paisaje y sentimientos son una misma cosa; el poeta se traslada al objeto descrito, y en la manera de describirlo nos da su propio espíritu”.

Guadalajara, como el resto de Castilla, ha tenido poetas que han captado su espíritu. Ramón de Garciasol, que era de Humanes, en su obra Memoria amarga de la paz en España, dejó escrito:

Este bruto bregar, esta pelea,
villano griterío, embestimiento
para dejar el campo ensangrentado,
las mieses sin cortar, alto de muerto
el corazón, de miedos, tan cercado,
mientras la vida sigue, el mundo marcha.
somos los incluseros de la suerte,
marginales, la sangre con escarcha.

Han cambiado mucho los tiempos. Aquella España, aquella Guadalajara que cantaba Garciasol ya no existe. Era la España cainita de la posguerra. La Guadalajara que bregaba a mediados de los sesenta y, de paso, perdía fuerza humana a marchas forzadas. Ahora es una provincia con estación de AVE y autopista radial de pago, pero con algunos lastres: la despoblación, la falta de perspectivas para el campo y, tal vez, con una notable ausencia de conciencia propia.

Miren, es posible que uno de los mayores problemas que tiene Guadalajara,

si no el mayor, es que se quiere poco. Falta de autoestima lo llaman los psicólogos. Me explico: hace un tiempo escuché en la radio al ex presidente de la región de Extremadura decir que antiguamente los extremeños nacían con una maleta debajo del brazo. ¿Por qué? Porque sabían que a los veinte años tenían que emigrar. Algo parecido les ha ocurrido a las gentes de Guadalajara. Existe un sentimiento que nos lleva a pensar que para triunfar en la vida hay que salir de la provincia. O sea, irse a Madrid o Barcelona. Puede que el axioma ya no sea del todo cierto. Miguel Delibes está considerado uno de los grandes del periodismo. Y para conseguirlo no necesitó salir de Valladolid. Guadalajara hace tiempo que dejó de ser la ciudad antañona del Coliseo Luengo y las bodas en el Hotel España para exhibir el Teatro Buero Vallejo, un campus universitario y una Ronda Norte. O sea, que ya se puede triunfar en el sitio donde uno nace. La mayoría de los que dieron vida y energía a esta Casa de Guadalajara son gente, seguro que muchos os reconocéis en este retrato, que tuvo que salir de su pueblo para poder labrarse un futuro. Para buscar un trabajo o para estudiar una licenciatura. Para ganarse el pan, en definitiva. Madrid, como en los viejos tiempos, sigue siendo una ciudad cálida y acogedora. Pero también puede ser seca y dura. Quizá por eso idolatramos las raíces.

Alguien dijo que una ciudad es un estado de ánimo. La definición puede servir para una provincia entera. ¿Cuál es el ánimo de Guadalajara? ¿Cuál es el estado de la temperatura social y emocional de nuestra tierra? Pues depende. Depende de las circunstancias y de la geografía. No es lo mismo vivir en el Corredor del Henares, plagado de guarderías y polideportivos, que en el páramo molinés o en las laderas de la Sierra del Ocejón. No es lo mismo estar a cincuenta kilómetros de Madrid que a ciento cincuenta. No es lo mismo vivir en la campiña que en la alta montaña.

Si una ciudad, o una provincia, es un estado de ánimo, veo a Guadalajara un tanto alicaída. Los pueblos son ahora más confortables y están mejor dotados que hace cincuenta o sesenta años. Como diría mi abuela: “pachasco”. Si no fuera así, habría que correr inmediatamente a un juzgado de guardia para interponer una querrela contra toda la ristra de gobernantes autóctonos. Por regla general, los pueblos están mejor. De acuerdo. Las calles, la arquitectura, el suministro de agua, el alumbrado. En todo caso, la pregunta de fondo es: ¿Qué futuro tiene Guadalajara? Y, sobre todo, ¿tenemos suficiente amor propio los guadalajareños como para afrontar el futuro en las mismas condiciones que otros pueblos de España?

El proceso de Transición política a finales de los 70 tuvo muchas consecuencias. Una de las principales fue impulsar una etapa de descentralización de competencias que, cedidas por el Estado, pasaron a manos de las comunidades autónomas. No voy a entrar a discutir, porque es pasado y es estéril, el diseño del mapa de las autonomías. A Guadalajara,

tan cerca de Madrid, le tocó Castilla-La Mancha y ese es un debate que muchos no han superado en Guadalajara. Esto, en sí mismo, representa un problema porque hay luchas que merecen la pena y otras que quizá sean estériles.

Lo cierto es que, gracias al Título VIII de la Constitución, se ha articulado el sistema político regional que nos ha garantizado el periodo, hasta ahora, más próspero de nuestra historia. Conviene subrayar la capacidad que ha tenido este articulado para generar conciencia propia en la mayoría de territorios del país. Es raro encontrar una comunidad, una provincia, incluso una comarca, que no tenga orgullo por lo propio. Un orgullo sano, no obsoleto. Un orgullo integrador, no excluyente. Un orgullo que genere expectativas de futuro, no que sirva para crear división. No estoy hablando de nacionalismo que, como ya dijo el político vasco Juan Mari Bandrés, es una enfermedad que se cura viajando. Estoy hablando de quererse a sí mismo sin caer en un estúpido narcisismo. Estoy hablando de aprender a valorar en su justa medida lo que tenemos alrededor. Ojo: tampoco quiero alentar la autocomplacencia. Manu Leguineche, amigo de esta Casa y activista alcarreño, siempre dice que la autocomplacencia, junto a la vanidad, son los dos peores pecados de un periodista. Quizá también de cualquier persona.

El ejemplo es extrapolable a un pueblo. No se puede avanzar si creemos que todo lo estamos haciendo bien, que todo marcha de maravilla y que las cosas van como van, y no pueden ir mejor. Tengo para mí que una actitud resignada es el peor enemigo del progreso. Y Guadalajara, en lo tocante a resignación, sabe demasiado. Hasta el punto que incluso el mismísimo conde de Romanones llegó a decir de sus paisanos: “el pueblo de Guadalajara es el más dócil y obediente del mundo”. Así nos ha ido, claro.

No se trata de caer en el derrotismo. Tampoco ser pesimista. Al contrario. Es probable que Guadalajara tenga hoy unas condiciones hasta ahora desconocidas para poder encarar el futuro. Lo que hace falta es que eso se traduzca de forma sólida y progresiva. El producto interior bruto de la provincia se ha multiplicado en las dos últimas décadas. El número de habitantes ya pasa de los doscientos mil censados. Uno de nuestros municipios, Villanueva de la Torre, es la localidad española que mayor porcentaje de crecimiento demográfico ha experimentado durante el último lustro: de apenas 300 habitantes ha pasado a casi 6.000. Hoy día, algunas de las empresas punteras del sector de la construcción tienen su sede social en Guadalajara y también su principal núcleo de negocio. Incluso los polígonos industriales de la capital y de poblaciones aledañas siguen conservando una capacidad de atracción empresarial que compete con la parte madrileña del Corredor del Henares.

Lo paradójico de esta situación es que mientras todo eso ocurre, en paralelo, subsiste una gran bolsa de zonas rurales descompuesta y sin grandes esperanzas. La población de Sigüenza y Molina continúa estancada: ni para adelante ni para atrás. Otros pueblos han engordado su censo en lo que es, quizá, el último intento de engañar al destino. Y, aunque se ha avanzado mucho, las carencias en infraestructuras y servicios persisten.

El presidente de Aragón, Marcelino Iglesias, suele decir siempre que tiene oportunidad que las mesetas, tanto la del norte como la del sur, “son las grandes olvidadas del Estado”. Me gustaría oírsele decir alguna vez a nuestro querido presidente regional. ¿Hace falta llorar para que nos hagan caso? Pues lloremos. Pero lloremos bien, no pataleando. Lloremos para tener una política hidráulica eficaz y consensuada y no andar con medias tintas. Lloremos para que el Gobierno central, en colaboración con las diferentes regiones, atienda de una vez la llamada de los pueblos. Lloremos haciendo propuestas de futuro, no sólo criticando al vecino autonómico de al lado. Lloremos fijándonos y copiando lo bueno que hacen los demás y desechando lo negativo. ¿Por qué los pueblos de la Sierra de Guadalajara no gozan del nivel de inversiones ni de la calidad de infraestructuras que los de la Sierra Norte de Madrid? ¿Por qué los pueblos del Señorío de Molina carecen del dinero que sí tienen los pueblos de Teruel para conservar y difundir su patrimonio histórico? ¿Por qué en los pueblos de Soria de la Sierra de Pela la explotación agrícola es mayor que en los de la vertiente de la misma sierra en Guadalajara?

La coyuntura actual por la que atraviesa el debate territorial convierte las reivindicaciones locales en un asunto nuclear. La agenda política hace tiempo que decidió incorporar al más alto nivel las refriegas autonómicas. Lo ha hecho, casi siempre, debido al auge de los nacionalismos periféricos y en detrimento de las mesetas. Existen poderosas razones que lo explican. La industria siderúrgica y metalúrgica en el norte. La industria textil y del automóvil en Cataluña. La industria marítima y el comercio en Levante. Y el turismo en la costa y en el sur. España ha potenciado la periferia en un proceso que ha acarreado, de forma abrupta, la ruptura de la esencia principal en la que se sustenta el proyecto político español, que es, como en el título de Delibes, lo castellano y los castellanos.

No hay régimen ni partido que pueda exhibir con satisfacción una política activa en defensa de los territorios menos favorecidos en el crecimiento que ha experimentado este país durante los últimos treinta años. Equiparar el franquismo y la democracia, máxime en un día tan republicano como hoy, 14 de abril, resulta injusto y absurdo. Pero, desde un punto de vista estrictamente economicista, lo cierto es que ningún Gobierno de antaño ni reciente se ha destacado especialmente en el reconocimiento del déficit histórico de infraestructuras y de servicios que sufren las regiones más

humildes. Puede que con toda la razón del mundo, pero lo cierto es que mientras Madrid construye una T-4 en Barajas, Cataluña reivindica el Estatuto y Andalucía clama por el resarcimiento de lo que denominan “deuda histórica”, en las Castillas, incluido Guadalajara, miramos para otro lado. Aquí eludimos el principal del problema que padecemos, que no es el agua, ni los trasvases. El problema más gordo es que hay una parte importante de nuestro ser que se extingue, que se está yendo de las manos, que se escapa demasiado rápido a medida que se mueren nuestros abuelos. Y por algo dicen los africanos del sur que cuando muere un viejo desaparece una biblioteca.

En “La edad sabia”, un libro delicioso editado por la Casa de Guadalajara, Pedro Aguilar redime de su vejez a nueve guadalajareños que prestan toda su sabiduría: “La memoria es y ha sido siempre, el mundo de los viejos. Uno es lo que vivió, pero también lo que recuerda”, escribe el autor. En estas páginas, Dorotea Rodrigo Martín, de Gárgoles de Abajo, explica que se pasó setenta años de su vida sin leer. Después, a sus 95 primaveras, escribía en un cuaderno todos los recuerdos de su vida y sus nietos le editaron un libro. Decía Dorotea: “La televisión no la veo, oigo el parte nada más. Mire usted, sacan unos cuadros que había que prohibirlos. Sólo la enciendo para oír la misa”. Tomás Gismera, en su estupenda obra “Guadalajara: crónicas de un siglo”, apostilla: “Somos europeos, hablamos idiomas, no tenemos analfabetismo y vivimos en casas con todo tipo de comodidades, en cada uno hay al menos un televisor y tres o cuatro radios, y ahora nos acostamos a las tantas viendo la tele; falta conversación, no nos fiamos de los vecinos, porque apenas los conocemos, y de hablar, hablamos de fútbol, que mueve masas, o de las telenovelas”.

La lucha por los recuerdos y por lo que fue Guadalajara no debe ser sólo una utopía o un tópico literario. Puede ser un objetivo factible si logramos aprovechar los resortes del presente. Castilla-La Mancha es en la actualidad una comunidad autónoma plenamente consolidada. Nació como un invento político-administrativo al albur de la Constitución de 1978. Pero ya casi nadie la discute. Al menos, en la práctica. Y creo que es bueno que así sea. Quizá Guadalajara debiera ir abandonando viejas rencillas. Quizá debiera explorar, al máximo, las posibilidades que le otorga formar parte de una comunidad autónoma del siglo XXI en un país miembro de la Unión Europea. No olvidemos estos conceptos porque estaríamos despreciando el marco jurídico de referencia en el que nos jugamos los cuartos. Caer en el victimismo puede ser productivo. Caer mucho en el victimismo suele ser contraproducente. Cataluña, Euskadi, Valencia, Madrid o Andalucía hacen bien en reclamar las infraestructuras que consideren oportunas. Son el corazón económico del Estado, el motor de España. Pero eso no es óbice para escuchar y atender las reivindicaciones de los territorios más olvidados. Según publicaciones del grupo de desarrollo rural comunitario

“Leader”, más de 6.000 municipios españoles, lo que representa un 75% del total, tienen menos de 2.000 habitantes. En ellos sólo vive un 7% de la población. El Ministerio de Medio Ambiente, Medio Rural y Marino señala que la superficie de las zonas rurales abarca más del 80,2% de la superficie total.

La despoblación afecta, sobre todo, a las provincias de la gran meseta central. Junto a Guadalajara, las menores densidades de población (inferiores a 25 habitantes/km²) se dan en Teruel, Huesca, Soria, Burgos, Palencia, Zamora, Ávila, Segovia, Cuenca, Albacete y Cáceres. No es extraño, por tanto, que la primera reivindicación que le hizo el presidente de Castilla y León, Juan Vicente Herrera, al presidente del Gobierno durante la tramitación de la reforma del Estatuto de esta región fueran las ayudas a los pequeños pueblos. Para las provincias con una población baja y diseminada, pensar en estrategias de cooperación territorial resulta un asunto fundamental. Por desgracia, no todos los gobernantes reaccionan con los mismos reflejos o con la misma sensibilidad.

La concepción radial del Estado español ha establecido ejes de desarrollo que van desde Madrid hasta los diferentes núcleos industriales de la periferia. El entorno del centro ha quedado descabalgado. Los políticos de Castilla-La Mancha y de Castilla y León, ni siquiera tras la formación de las comunidades autónomas, han logrado revertir esta situación. Que todas las regiones han prosperado es una evidencia incuestionable. La prueba, sin ir más lejos, es que Castilla-La Mancha es la única autonomía española que tiene a todas sus capitales de provincia conectadas por el tren de alta velocidad. Sin embargo, las grandes infraestructuras no garantizan el futuro ni tampoco un desarrollo económico y territorial equilibrado con el entorno y cohesionado con la sociedad. No todo se arregla con autopistas radiales, ni con el AVE, ni con un teatro-auditorio, ni con cinco centros de interpretación en el Alto Tajo, ni siquiera con una autovía de la Alcarria o de Humanes, si es que algún día llegan... Hace falta escuchar al entorno, a la gente que trabaja la tierra y la conoce palmo a palmo, a todos aquellos que siguen manteniendo viva a diario, incluso en los duros inviernos, la llama de nuestros pueblos. Hace falta más sensibilidad y más decisión a la hora de invertir en zonas que no dan votos.

Ahora que está en plena tramitación el futuro Parque Natural de la Sierra Norte, que todavía no saben cómo lo van a llamar, me contaba Juan, uno de los pocos jóvenes que quedan por la zona de Naharros y Las Minas, que a ellos nadie les ha preguntado nada sobre este asunto ni sobre ninguno. Ni a los ganaderos, ni a los agricultores, ni a los cazadores, ni a los pescadores. No se trata de oponerse porque sí ni de instalarse en el “no” permanente a todo lo que provenga de las alturas. Se trata de que para decidir lo que más le conviene a la tierra de Guadalajara no basta con que unos técnicos, por

muy bien cualificados que estén, se reúnan en torno a una mesa en Toledo y decidan en un tono que, muchas veces, suena condescendiente. A veces las decisiones más eficaces son las más discretas. Y a veces, los grandes proyectos encierran más propaganda que otra cosa porque debajo se muestran huecos o insatisfactorios.

Manolo Esteban, el propietario de la tienda de comestibles de Tamajón, me decía recientemente: “Desengáñate, por mucha casa rural y muchas gaitas, si no fuera por la docena de comerciantes, incluidos los que tienen restaurantes, que aguantamos, la Sierra se había muerto”. La expresión también es válida para la Tierra de Molina y, en menor medida, para la Alcarria. Cualquiera que conozca la provincia reconoce los avances experimentados durante los últimos años. Y conviene subrayarlo, aunque sólo sea para no caer en la depresión permanente. Los centros de salud están hoy mucho mejor dotados que hace no ya treinta años, sino cinco o diez; los colegios gozan de mayor equipación; los helipuertos de emergencias sanitarias han sido una medida eficaz; y las carreteras de titularidad autonómica y estatal (no las provinciales), presentan un estado digno. Eso sí, lo que se ha conseguido, como el Centro de Especialidades de Molina, se ha logrado a base de esfuerzo y de tesón, lo cual demuestra que cuando algo se exige con tiento, con responsabilidad, los resultados terminan llegando.

En cambio, sigue calando un manto de desesperanza entre las comarcas de interior. Cunde la sensación de que los problemas de fondo no se tocan. Y que por tanto, aunque la fachada ha mejorado, el interior de la casa sigue siendo un desastre. Los pueblos no ganan habitantes. El invento del asentamiento de “neo-rurales” no ha surtido efecto. Los productos autóctonos no se aprovechan lo suficiente desde el punto de vista comercial. Las ayudas europeas están a punto de extinguirse y no todas se han invertido con inteligencia. El sector primario pierde fuelle a pasos agigantados por el abandono del monte, la falta de ganaderos y la ausencia de relevo generacional en la agricultura. Los ayuntamientos no tienen un duro, salvo que dispongan de ingresos extraordinarios generados por la energía nuclear o la eólica. Las administraciones públicas marean las inversiones y llegan a cuentagotas. Las carreteras siguen sin arreglarse de forma global y coordinada. Las conexiones son deficientes o pésimas, según amanezca el día. La población es escasa y envejecida. El transporte rural no funciona en muchos lugares. El ADSL de internet sigue siendo una utopía y apenas alcanza un miserable mega de conexión. Incluso, muchos pueblos continúan con problemas en la recepción de la señal de las televisiones privadas.

Se ha hecho mucho o poco, depende de cómo se mire la botella. Pero está claro queda mucho por hacer. Quizá demasiado. Y quizá muchas cosas ya

lleguen tarde.

Querer a una tierra me parece una condición imprescindible para poder luchar por ella. Creo que la gente de Guadalajara quiere mucho a su tierra. La aprecia, la cuida. Incluso la mimaba en la esencia de lo que Ortega y Gasset llamó “los primores de lo vulgar”. Pero también creo que tenemos una provincia cuyos políticos (la mayoría) no actúan en consonancia con la sociedad. Pregunta obligada: ¿Cuántas iniciativas parlamentarias han sacado adelante a favor de la provincia los diputados y senadores de Guadalajara dejando a un lado su disciplina de partido? Muy sencillo, se lo digo yo: ninguna. Acabamos de celebrar el treinta aniversario desde la aprobación de la Constitución. A lo largo de tres décadas de democracia, y aunque a veces han votado juntos algunas propuestas, los parlamentarios nacionales elegidos en representación de Guadalajara han sido incapaces de ponerse de acuerdo para impulsar ningún gran proyecto para nuestra tierra. Eso es, para mí, lo contrario de tener amor propio.

Idéntica actitud, o parecida, demuestra la iniciativa privada. Si las élites no creen en su propia tierra es difícil que existan las condiciones adecuadas para insuflar esa creencia a la gente. Dicho de otro modo: si los que tienen que tirar del carro, se bajan del carro o flojean, entonces las esperanzas se constriñen. En consecuencia, cabe cuestionarse por qué los empresarios catalanes invierten en la rehabilitación del patrimonio histórico y en su posterior explotación, y por qué no lo hacen los poderosos empresarios guadalajareños, que los hay. Cabe cuestionarse por qué los empresarios de Guadalajara no discuten sobre las posibilidades de la llegada del AVE, como ha hecho la patronal en Lleida, Zaragoza o Ciudad Real. Cabe cuestionarse por qué los sindicatos agrarios no convierten en pequeños empresarios a cientos de agricultores y ganaderos de la provincia. Cabe preguntarse por qué la Cámara de Comercio quiere a toda costa un Palacio de Congresos en Guadalajara capital y, sin embargo, no se muestra tan insistente a la hora de reclamar oportunidades para el comercio local de los pueblos pequeños. Cabe preguntarse para qué sirve la CEOE en los rincones más alejados de los focos industriales. Cabe preguntarse por qué los empresarios y los sindicatos de Guadalajara no son tan tozudos reivindicando la mejora de las carreteras en la Sierra o Molina y, en cambio, se desgañitan para pedir el tercer carril de la A-2 y los trenes “lanzadera” de alta velocidad. Cabe preguntarse por qué nadie ha impulsado en Guadalajara la denominación de origen Miel de la Sierra. O del níscolo. O del cabrito. Cabe preguntarse por qué la sociedad de nuestra provincia, en su conjunto, no es capaz de aprovechar las posibilidades económicas, agroalimentarias, cinegéticas, ganaderas y medio ambientales como lo hacen otras provincias de nuestro entorno más cercano. Cabe preguntarse quién cerrará la puerta cuando la carcoma de la despoblación engulla a los pueblos. Cabe preguntarse, en definitiva, por qué vamos en la retaguardia de tantas cosas. Cervantes puso

en boca de Don Quijote a Sancho una expresión que ha hecho fortuna: "Ladran, luego cabalgamos". Aquí debemos cabalgar poco porque, muchas veces, ni ladran ni ladramos.

Algunos proyectos han puesto en órbita a Guadalajara durante los últimos años. Pero sólo a una parte de Guadalajara. El resto tiene que conformarse con las migajas. Quizá en estos tiempos de crisis, de incertidumbre, de agobio financiero, la quiebra del modelo económico basado en la especulación y en la obtención fácil de beneficios acabe por romper definitivamente la dinámica del crecimiento asimétrico de la provincia. A lo mejor a algunos de nuestros políticos y empresarios les da por pensar que la construcción no es el principio ni el final de todo, sino un punto de apoyo que debería beneficiar, no sólo a las zonas más prósperas, sino a quienes más lo necesitan. ¿Cómo reclamar solidaridad al resto del país si no la demostramos entre los propios paisanos?

Camilo José Cela dijo de la Alcarria aquello tan manido de que es un país que a la gente no le da la gana de ir. Como propósito para levantar el ánimo y la conciencia propia que reclamamos parece un lema insuperable. Y, sin embargo, seguimos siendo invisibles para una buena parte de los ciudadanos españoles. Lo que tampoco queda muy claro es si queremos seguir siendo invisibles, para preservar el entorno, o si la apuesta estriba en el turismo y en los guadalajareños de fin de semana. Quizá lo uno no anula a lo otro, pero me temo que esta dualidad marcará las próximas décadas en la provincia. Javier Serrano, un joven estudioso de Anguita, la Serranía del Ducado y la antigua Celtiberia, sostiene lo siguiente en su blog de internet: "No es coherente, ni sostenible a largo plazo, ser urbanización de lujo y pueblo referente (cada una de estas estructuras requiere de diferentes "órganos" e instituciones que las gobiernen). El problema que aquí se manifiesta acabará siéndolo de toda la región. Quizá sea el momento de buscar soluciones (mayor colaboración, generosidad con los negocios del lugar y compromiso común por la conservación de los elementos del pueblo, por ejemplo) por los que unificar los intereses que, a primera vista son diferentes, pero que en el fondo, nos afectan a todos: vecinos, amantes, nativos, y, en definitiva, todos aquellos que algo tenemos que ver con el campo semántico... "Anguita". La reflexión, como habrán podido observar, es perfectamente adaptable a cualquier pueblo de la provincia, especialmente aquellos que creen que los chales y los vecinos domingueros son la gallina de los huevos de oro.

La España de las autonomías tiene una deuda contraída con la España de las regiones que carecen de nacionalidad. Potenciar el desarrollo de Guadalajara capital y el Corredor del Henares constituye una obligación inexcusable para nuestra clase política. Pero prestar la atención necesaria a las zonas interiores se ha convertido en una urgencia. ¿Puede hacerlo

Castilla-La Mancha o las instituciones propias de Guadalajara en solitario? Es probable que no. Es más: sería conveniente que fuera una decisión estatal tomada en el marco del debate sobre las distintas reformas estatutarias, incluida la de Castilla-La Mancha. La provincia ha soportado dos centrales nucleares, centrales hidroeléctricas, estaciones eólicas y ya se especula con un almacén de residuos nucleares que está ahí, latente. La conclusión es que el futuro se presenta difícil, complicado. Y no tanto por los problemas que permanecen sin solución, sino por la falta de una conciencia provincial que permita encarar el futuro con más confianza que el pasado.

En la capital y el área urbana de Guadalajara queda pendiente parar con urgencia la sangría del paro; atajar la crisis económica tras el gatillazo del ladrillo; fomentar la productividad industrial y no tanto el desarrollo residencial; incrementar la obra pública y la vivienda protegida; empezar cuanto antes y terminar la ampliación del Hospital Universitario; desencallar los proyectos de la Ciudad del Transporte y de la Autovía de la Alcarria, que ahí sigue, entre los cajones sin abrir del Ministerio de Fomento; construir de una vez por todas el tercer carril de la A-2; habilitar el desdoblamiento de esta autovía y facilitar la conexión entre los polígonos industriales; y finalizar, Dios sabe cuando, el megaproyecto de viviendas y urbanización del Fuerte de San Francisco.

En el resto del páramo la tarea es aún más compleja. Y tal vez más arriesgada porque el rendimiento electoral es mucho menos intenso y prometedor. Queda pendiente el reequilibrio entre la Guadalajara próspera y la humilde; la ordenación de los recursos naturales; el desarrollo social de los proyectos medioambientales; el milagro del fin de la despoblación; la ayuda a los pueblos y a los sostenedores del campo; la conversión de la N-211 en autovía hasta Molina; el aprovechamiento, o no, del futuro Parque Natural de la Sierra; la construcción del Parador de Turismo molinés, para el que no hay presupuestado ni un euro este año; la recuperación y puesta en valor del patrimonio histórico y artístico; y, por supuesto, la eterna lucha del trasvase Tajo-Segura, una polémica quizá demasiado contaminada de demagogia.

De nuevo hay que recurrir a nuestro premio Nóbel para recordar que “resistir, es vencer”. Guadalajara está obligada a resistir porque, entre otras cosas, no le queda más remedio.

Ana María Matute, en su libro “Paraíso inhabitado”, cuenta: “Los recuerdos se parecen a algunos objetos, aparentemente inútiles, por los que se siente un confuso apego. Sin saber muy bien por qué razón, no nos decidimos a tirarlos y acaban amontonándose al fondo de ese cajón que evitamos abrir, como si allí fuéramos a encontrar alguna cosa que no se desea, o incluso se

teme vagamente”. Luego remata: “El silencio puede ser la revelación más cruel”.

Y esta frase, tan sutil, tan rotunda, supone un aldabonazo en la mentalidad de los ciudadanos de Guadalajara que están dispuestos a ejercer de eso, de ciudadanos, no de meros espectadores de una agonía anunciada.

Garciasol cantaba así el silencio de nuestra tierra:

Fúndeme a tu ritmo eterno,
silencio del campo mío.
El pensamiento hace invierno
y metafísico frío.
Corta la invisible rosa.
Está crecida Castilla
de silencio para trilla
de corazones, esposa

Estamos en tiempo de descuento y ya no hay motivos para dilatar más las prórrogas sentimentales. Guadalajara necesita cariño verdadero. O lo que es lo mismo, necesita trabajo, inversiones y rigor en el gasto público. Fuera de palabras ampulosas y de fruslerías políticas, pienso humildemente que a la provincia le conviene abandonar cualquier halo de tristeza o de misericordia. No hay que pedir perdón a nadie por existir. No hay que tener miedo ni complejo a la hora de reclamar lo que, por derecho, le pertenece. No hay que solicitar permiso en ninguna ventanilla para transformar la realidad; basta creer en ello. No conviene tener objetivos demasiado ambiciosos o sacados de contexto, pero tampoco pecar de una excesiva prudencia. Busquemos las oportunidades. Rememos juntos. Tratemos de construir objetivos comunes. Acentuemos lo que nos une y solapemos lo que nos divide. Seamos solidarios con el medio rural. Escuchemos a la gente de la calle y de los montes. Tengamos amor propio, orgullo cívico y conciencia crítica para vencer aquello que nos aleja del futuro que se merece Guadalajara.

Muchas gracias.

Raúl Conde

ATIENZA FOTOGRAFICA



Fotos: T. Gismera